



G. K. CHESTERTON

TRES RELATOS DEL  
PADRE  
BROWN

En su mayoría, los relatos del padre Brown se publicaron originalmente en diversas revistas inglesas y americanas — como *Cassell's*, *Stroy-teller*, *Pall Mall* o *Nash's*— entre los años 1910 y 1935, y posteriormente se reunieron en cinco volúmenes sucesivos: *El candor del padre Brown*, *La sagacidad del padre Brown*, *La incredulidad del padre Brown*, *El secreto del padre Brown* y *El escándalo del padre Brown*.

Sin embargo, tras la muerte de Chesterton, aparecieron todavía varios relatos. El primero fue «La vampiresa del pueblo», que se publicó por primera vez en una edición privada de 1947 y que no se incluyó al final de *El escándalo del padre Brown* hasta 1951; a éste le siguieron «El secreto del padre Brown» y «El secreto de Flambeau», que pasaron a formar parte de *El secreto del padre Brown*.

«El caso Donnington» se descubrió en 1981. Se trata de una obra escrita en colaboración con el autor de novelas policíacas sir Arthur Pemberton (1863-1950). Pemberton escribió la primera parte para el número de octubre de 1914 de la hoy olvidada revista *The Premier*. Por previo acuerdo, se enviaron las galeradas a Chesterton, quien introdujo al padre Brown en la historia y propuso una solución al misterio. Ésta última se publicó en el número de noviembre.

«La Máscara de Midas», que Chesterton escribió el último año de su vida, cuando estaba ya gravemente enfermo, no se descubrió hasta hace unos pocos años, en 1991, en forma de fotocopia del manuscrito original. El texto había sido mecanografiado por Dorothy Collins, en tiempos secretaria de Chesterton, e incluía numerosas correcciones de puño y letra y varias notas del propio escritor. En el encabezamiento, Collins escribió las indicaciones «Nueva serie, nº 2» y «No publicar».

Al parecer, «La vampiresa del pueblo» era el primer relato de la citada «Nueva serie», mientras que «La máscara de

Midas», por algún motivo que desconocemos, no debía publicarse. En cualquier caso, es evidente el interés de este último relato, que es también el último escrito por Chesterton y, hasta ahora, el más recientemente descubierto.

## El caso Donnington<sup>[1]</sup>

### *Max Pemberton expone el enigma del caso Donnington*

**E**l siguiente relato sobre el caso Donnington ha sido escrito según las notas originales que tomó el sacerdote adscrito a la parroquia de Borrow-in-the-Vale.

John Barrington Cope vino a Sussex desde el King's College (Cambridge) a una edad en la que el anciano vicario del lugar no podía, sin ayuda, llevar a cabo ni siquiera las agradables tareas propias de este cargo rural.

Llevaba casi dos años en Borrow cuando ocurrió la tragedia. Este hombre, de considerable formación académica, se hizo cargo, casi de inmediato, de la magnitud del misterio, y, sin pérdida de tiempo, puso por escrito una ordenada declaración de los hechos, tal y como él los percibió.

Estaba prometido con Harriet, la hermana de Evelyn Donnington, y disfrutaba como de casa propia de la mansión Borrington Close, frecuentándola prácticamente a diario. Fue él quien sugirió que viniera una persona desde Londres para investigar un caso que, desde el principio, iba a provocar desconcierto, tanto en la investigación policial, como en el público.

Las notas del señor Cope se tomaron, inicialmente, para que las considerase el padre Brown. Exponerlas con más detalle parece ser el mejor modo de poner a disposición

del público los rasgos más destacados de este asombroso suceso.

## I

**M**i nombre es John Barrington Cope, y fui sacerdote adscrito a la parroquia de Borrow-in-the-Vale durante veintiún meses.

La última vez que vi a Evelyn Donnington con vida fue el domingo por la noche a las diez y cuarto en punto. Cené en Borrow Close, como era mi costumbre casi todos los domingos desde que vine a la parroquia. El hecho de que mi prometida, Harriet Donnington estuviera, y siga todavía en Bath, no alteraba las cosas.

El señor Borrow Donnington era un hombre de pocos amigos. No era un sujeto que disfrutara de la compañía de otros hombres, ni tampoco de la compañía de mujeres. Puede que yo lo comprendiera mejor que sus congéneres, y por eso se me recibía en Borrow Close mejor que en cualquier otra casa.

Vi a Evelyn Donnington, viva y con salud, a las diez y cuarto el domingo pasado, 24 de julio, por la noche. Vino conmigo al porche para hablarme de una carta que recibió de Harriet el día anterior, y allí le di las buenas noches.

La casa del párroco se encuentra aproximadamente a un tercio de milla cruzando el bosque. Como mejor se llega es por un camino que atraviesa un lugar conocido como el Adam's Thicket. El recorrido es oscuro y está cubierto por hayas, que le dan a Borrow su fama. No vi señales de vida durante mi vuelta a casa, ni percibí ningún ruido que me pareciera extraño o siniestro. Dos horas más tarde, un sirviente de Borrow Close me despertó para comunicarme que Evelyn estaba muerta.

—Asesinada, señor —dijo sofocado. Y, sin decir más, se volvió y corrió precipitadamente a la casa del doctor.

Estaba ligeramente dormido cuando la llamada de este hombre me despertó. Hubo muchos problemas en Borrow Close desde que llegué a la parroquia. La gente estaba muy al tanto de ello, y era conocida la deshonra que había invadido a la familia Donnington. Cualquier condolencia que se sustraía al señor Borrow Donnington se prodigaba inmediatamente a sus hijas.

Para mí Evelyn era ya como una hermana. Iba a casarme con Harriet en septiembre. Dios sabe lo que nos espera a partir de ahora.

La gente suele ridiculizar los augurios. Sin embargo, con frecuencia no son sino el anuncio lógico de una declaración de guerra de la mente contra el optimismo. Aunque el caso de Southby Donnington parecía haberse resuelto con su condena y encarcelamiento, rechacé desde el principio que la cuestión terminara ahí; y, precisamente, era con Southby Donnington, el hijo único del señor Borrow, con quien estaba soñando cuando el sirviente me despertó.

¡Qué episodio más sarcástico para la historia de la naturaleza humana! ¡Un hijo único y un padre rico! Por un lado, un derroche sin restricción, y por otro, una avaricia extraordinaria, alimentada con un férreo egoísmo.

Southby Donnington había sido enviado a Eton y al Trinity (Cambridge) como aspirante al Ejército. Un desgraciado incidente en un juego de apuestas en Londres, con la comparecencia consiguiente en la comisaría de policía, dio por finalizado el primer trimestre de sus estudios universitarios. Ni siquiera fue capaz de superar el sencillo examen para ingresar en Sandhurst; y no se le veía ninguna otra vocación. El hombre se abandonó en el peligroso mar de los suburbios londinenses. En vano rogaron clemencia sus hermanas al señor Borrow. El barón había dado por finalizada la relación con su hijo. Era un individuo con una voluntad

de hierro que nada podía torcer, juró que Southby nunca entraría en su casa otra vez. Esto provocó la desgracia.

Tuvimos noticia de la detención del muchacho en Londres, bajo cargo de falsedad. Fue emplazado a juicio, defendido en el juzgado de Old Bailey con el dinero que sus hermanas le pudieron proporcionar, y fue condenado a tres años de pena de presidio. Supimos que lo llevaron a Wormwood Scrubs, y nueve meses después estaba en Parkhurst.

No hay espacio aquí para profundizar en los secretos de esta afligida familia, ni en las secuelas de esta pérdida dolorosa.

Borrow Close es una antigua mansión situada entre el bosque de Ashdown y Crowborough. Siempre se ha mantenido distante de la gente y de la vida local, y no hay lugar al sur de Inglaterra tan maravilloso como ella en su solitaria ubicación.

Todo discurría con referencia al bosque, que era prácticamente virgen; con maleza abundante, tan densa que ningún pie pudo haberla atravesado, y cenagales y arboledas, entre las que el mediodía no era sino un pálido reflejo de luz. Muy pocos se admitían en la casa, incluso en la época en la que Lady Donnington era la señora. Desde su muerte el aislamiento era típicamente medieval. El viejo barón no tenía nada en común con sus vecinos; sus hijas le temían, y vivían como de puntillas, pensando que si hablaban por encima de un susurro de voz, despertarían la curiosidad más allá de las verjas de la casa.

Es cierto que Southby despreciaba la inviolabilidad de este retiro, a pesar del disgusto del barón. Grupos de estudiantes desenfrenados lo convertían en su «cielo» durante las vacaciones. La belleza de Evelyn y Harriet no era ignorada en los claustros de Cambridge; sin embargo, pocos chicos tenían el coraje de insistir. Incluso Southby mismo se asombró cuando el capitán Willy Kennington apareció súbitamente en escena pretendiendo la mano de Evelyn, ven-



ciendo incluso la repulsa que le provocó el feroz intento de disuasión por parte del señor Borrow.

El capitán Kennington había coincidido con Evelyn en la casa de su tía en Kensington, unos tres meses antes de la desgracia. Sus cualidades femeninas podían encantar a cualquier hombre que la conociera, y no me extraña que al joven soldado se le hubieran desvelado.

Sencilla de pensamiento, audaz ante la vida, y dotada de una imaginación estimulada por años de lectura solitaria, parecía ser al mismo tiempo la madre y el niño; con una sabiduría que no correspondía a su edad, a la vez que sufría de esos ideales por los que, con frecuencia, las mujeres han de pagar tanto. Por temor a su padre se prohibía a sí misma secundar los avances que el soldado iba imponiendo en su corazón. Regresó a Borrow Close y el capitán fue enseguida detrás de ella.

Cuál fue mi asombro, unos días después, al oír que el señor Borrow rechazó cualquier discusión sobre el asunto, y en uno de esos arrebatos de violencia, que ni Dios ni hombre alguno puede entender, expulsó al capitán de su casa.

En justicia con el capitán, Southby jugó su papel de varón en el caso, intercediendo cordialmente en favor de su hermana. Viajó desde Sudáfrica ex profeso con esta intención. La escena entre padre e hijo en Close Borrow se recuerda como la culminación de un proceso de distanciamiento, tan vergonzoso para uno como para otro. Discurrió bajo el dominio de la pasión, que al final lo dominó. En adelante, estos dos hombres no han vuelto a cruzar palabra.

Tres meses después Southby era condenado, y yo seguía siendo el único que visitaba al barón en esta época de deshonra.

## II

Éstos fueron los acontecimientos durante los dieciséis meses siguientes. Yo renuncié a cualquier tentación de obsesionarme con el íntimo dolor que prosiguió a la condena. «El mal que el hombre hace le sobrevive», y, mientras que, para el resto del mundo, la tragedia no fue más que una noticia que animaba la rutina habitual, en la casa de los Borrow penetró hondamente. El viejo barón dejó de recibir las visitas de los pocos amigos que hasta entonces eran admitidos en su casa. Cerró las puertas al pasado y al futuro por igual. Sus hijas no veían sino a los criados y a mí. A su vez, sus vecinos le evitaban. La gente llegó a decir que el ansia de riqueza fue lo que llevó a Southby a delinquir y se convencieron de que el chico era menos culpable que su padre.

El único hombre que se mantuvo junto a la desolada familia fue el capitán Kennington, que tan poco le debía al barón. En esta hora oscura, volvió para pedir la mano de Evelyn otra vez. No hace falta decir que ella no aceptó. Un tipo raro de feminidad: el mero hecho de amarle constituía la barrera entre los dos. Sentía que nada podría borrar la vergüenza de la prisión de su hermano ni minimizar sus consecuencias. Éstas no se recogieron en la prisión de Parkhurst, sino allí, en aquella antigua casa, en la que las mujeres cosechaban con la hoz de su llanto.

Gracias a Dios, la pérdida de Southby sólo afectó superficialmente a mi relación con Harriet. Nos conocíamos tan bien antes de que llegara este trance, que éste no hizo más que sellar nuestro sentido de ayuda mutua y de sacrificio. Y,

aunque sabía que ella no se casaría conmigo inmediatamente, dejé que el futuro nos condujese como mejor convenía. El mismo señor Donnington parecía encontrar, en su relación conmigo, el único consuelo en el declive de su vida. No iba a la iglesia, pero yo los visitaba temprano cada domingo para el culto, y siempre volvía a su casa para cenar mientras viví allí.

Pasaron los meses, y el tiempo, que lo sana todo, vino en nuestra ayuda. La amargura del miedo y de la duda pasó, y la reemplazó una decidida intención de afrontar el futuro. Hicimos muchos planes para Southby cuando saliera de prisión, y proyectamos que podría recomenzar en una granja en Sudáfrica, si conseguíamos instalarla. Kennington incluso llegó a visitarle y ver al condenado en la prisión, dada la circunstancia de que, ocasionalmente, su padre era uno de los inspectores, y pudo beneficiarse de un permiso.

Nos dijo que encontró a Southby bastante resignado con su destino, y habló de él como de un hombre convencido de que no había cometido delito alguno, y de que había sido víctima de quienes le traicionaron al descubrir que no podían extorsionar al barón.

Parkhurst parece ser una prisión para caballeros, y Southby tenía allí una compañía aristocrática. Puedo afirmar que había escaso sentido del humor, y ello se reflejaba en la obstinación por mantener las aspiraciones sociales que afligen a las personas, incluso cuando están en prisión. Se consideraba mejor servir a un *lord* que ganarse honestamente la vida entre la plebe.

Kennington habló de alegría y satisfacción, pero después me acordé de una frase de su carta que debió haber llamado mi atención. La cárcel provoca camaraderías extrañas, y Southby, en la medida en que se puede tener un confidente estando cautivo, había encontrado uno que se llamaba Mester.

—Este individuo —dijo Kennington— tiene el alma más jovial posible. Recibió una buena educación en Francia,

donde después se malogró. Trabajó de chofer de un barón austríaco; ingresó en una fábrica de automóviles en Suresnes, después se dedicó a la aviación en Issy, y, finalmente, se le acusó de un cruel asalto y tentativa de robo de una anciana mujer en Dover, que iba a ayudarle a iniciar allí un negocio de automóviles.

Mester afirmó hasta la saciedad que el delito se debía imputar a otros. Adujo que él fue la víctima de las circunstancias, y que las pruebas en las que se basaba la acusación de la policía eran falsas. Sin embargo, se le declaró culpable y se le condenó a cuatro años de prisión al día siguiente de que Southby recibiera la suya.

Entre los dos surgió una curiosa amistad. Ambos estaban convencidos de haber sido condenados injustamente, y podían simpatizar entre sí. Y, así como Mester declaró que haría entrar en razón al viejo barón cuando saliera, Southby se interesó por la historia de Mester, y pediría a unos antiguos colegas suyos de la prensa que la investigaran.

Como se sabe, un gran novelista ya se ha ocupado del asunto, y está convencido de su inocencia. Es verdad que a una persona de carácter inestable y, sin ninguna duda, relacionado con criminales, puede concedérsele el beneficio de la duda de si cometió el grave crimen, y también abrigar la hipótesis de que la policía haya podido errar.

El mismo Mester no dudó en afirmar que si pudiera liberarse durante un mes, demostraría su inocencia fuera de toda duda. Estaba tan convencido de ello que le dijo abiertamente a Southby que se escaparía de Parkhurst si se le presentara la oportunidad.

Yo no pensé en nada de esto entonces, aunque es evidente que la tentación de escaparse debe ser frecuente en los prisioneros en los que el crimen no ha llegado a constituir un hábito y la celda un refugio. Confieso, sin embargo, que no es precisamente estupor lo que sentí cuando, unas semanas después, al abrir el periódico de la mañana, leí

que los dos hombres habían huido de Parkhurst, y, que, a pesar de la persecución policial, seguían fugados.

—Southby y Mester —me dije a mí mismo. Y no estaba equivocado, como a continuación se verá.

## III

**P**odría llamarse a esto, si se quiere, un trastorno que me llevó de inmediato a Borrow Close con la noticia. Al señor Borrow no le dije nada, temiendo el efecto que podría producir en una mente tan perturbada; pero Evelyn y Harriet me escucharon con ansiedad, y empecé a sospechar que la primera ya conocía la historia. Esto no me sorprendió al principio tanto como debiera haberlo hecho. Pensé que habría recibido alguna carta de Southby mismo, pero si hubiese reflexionado un poco, habría percibido que, dadas las circunstancias, esto difícilmente era posible.

El hombre se había fugado ayer, y aunque la carta se hubiera enviado la tarde anterior desde la Isla de Wight o desde el continente, no habría llegado a Borrow Close a las nueve en punto. Más tarde descubrí accidentalmente que el capitán Kennington confirmó dicha posibilidad con una carta suya que se había recibido el día anterior. Los pensamientos que esto me sugirió los reservé exclusivamente para mí. Lo inmediato era el nerviosismo que la noticia produjo en la casa, y los trascendentales sucesos que seguirían después.

Por mi parte, pensé que los fugitivos serían capturados de inmediato, y ello pondría fin a la historia. Así, la fuga, sucintamente narrada por los periódicos, quedaría admirablemente resuelta. Al parecer, escalaron un muro alto cuando una bruma densa, que provenía del continente, fluía sobre la isla; después cruzaron un recinto en el que otros reclusos estaban trabajando; escalaron un segundo muro con la ayu-

da de una escala de seda que dejaron abandonada, y de esta forma se abrieron paso hasta el mar.

Las autoridades dieron por supuesto que la huida se frustró ahí, y que no habrían podido llegar al continente; pero llegó otra información sobre una misteriosa lancha motora, que había sido vista zarpando recientemente de St. Catherine's Point, y, supuesta la relación de Mester con la asociación de marineros y con sus miembros menos deseables, el cronista opinaba que había una conexión con el asunto. He de reconocer que esto me pareció una deducción plausible. Estos tipos huidizos suelen ser más inteligentes de lo habitual, tienen una audacia probada y recursos abundantes. Entonces percibí la razón de la amistad de Southby con este mecánico detestable, y entendí que se habían comprometido a llevar a cabo juntos el plan. Hasta el momento parecía que lo habían logrado.

Era un poco antes de las nueve cuando llegué a Close Borrow, y no me fui hasta después del almuerzo. Como era habitual, durante la mañana, el señor Borrow estuvo paseando por su jardín, y le acompañé un rato mientras me hablaba de alguna que otra planta, que yo ya conocía, pero sin mencionar en ningún momento al hijo que le iba a suceder en su espléndida herencia. Cuando se retiró a su despacho a las doce en punto, yo me fui aparte con sus hijas para reanudar la conversación, que tanta importancia tenía para nosotros. Obviamente, nos hicimos muchas preguntas que no podíamos contestar: ¿Dónde iría Southby si hubiese llegado al continente? ¿Cómo conseguiría dinero? ¿Volvería a Borrow?

—Si viene aquí —dije—, ¡está perdido! ¡Es el primer sitio que vigilará la policía!

Harriet estaba de acuerdo conmigo en este punto. Sin embargo, ¿dónde podría ir Southby sin posibilidad de conseguir dinero, que, en definitiva, era la única forma de asegurar el éxito de la huida?